

cielo en el Este y Oeste), es igual al mes llamado sinódico (de luna nueva á luna nueva), mientras el primero dura $27 \frac{1}{3}$ días y el segundo $29 \frac{1}{3}$ días. Por esto cree equivocadamente poder fijar el comienzo de las diferentes fases segun la entrada de la luna por las diferentes puertas del cielo; de manera que siempre en siete á ocho días se vuelve desde la primera puerta á alcanzar la cuarta, desde la cuarta á la sexta, desde la sexta otra vez á la cuarta, y desde ésta otra vez á la primera, con lo cual habria de coincidir siempre una fase de luna. Con este cálculo no se aviene exactamente el año lunar de 358 días. La confusion de este pasaje es por lo demás patente, porque va seguido inmediatamente de otro que fija el año lunar en 354 días. A estas explicaciones, por cierto muy interesantes, sigue una multitud de noticias relativas á las puertas del cielo y á lo que viene del cielo como los vientos, el rocío, la lluvia, el granizo, etc.; algunas observaciones sobre los nombres de los vientos y ciertos asuntos geográficos (que ni siquiera debian tratarse en esta parte del libro de Enoc), una relacion de los nombres del sol y de la luna, y despues otra nueva explicacion detallada y mucho mas clara que la primera del curso de la luna. El perimetro (el volúmen) y el curso del sol y de la luna son iguales, pero la luz de la luna tiene solamente la séptima parte de la fuerza lumínica del sol. En la luna nueva la luz es solo la décima-cuarto parte de la luz cuando está llena. Cada día se aumenta la luna en una décima cuarta parte y en 14 días está llena, á veces en 15 días; despues de otros 14 días acaba de menguar. «En determinados meses el número de días lunares es 29, y en un mes es 28.» No concuerda con esto lo que á renglon seguido se dice, á saber: que la luna en cada semestre forma tres meses de 30 días y tres meses de 29, de suerte que segun esta cuenta resulta tener el año lunar 354 días. A esto sigue una conclusion solemne de este Libro de los Luminares, que no impide que le sigan muchos apéndices. En el primer apéndice el ángel Uriel predice un tiempo malo, en el cual los fenómenos naturales retardarán su aparicion segun el cálculo del año. Este retardo fué acaso debido á un calendario equivocado que hubo de originar las observaciones astronómicas apuntadas en esta parte del libro.

En otro apéndice examina Enoc las tablas del cielo, en las cuales están apuntados los pecados de los hombres, y desde allí los ángeles le vuelven á bajar sobre la tierra á casa de su hijo Matusalen, á fin de que viva todavía un año entre los suyos y les explique lo que ha visto. De estas sus explicaciones sigue todavía una parte referente al curso de los luminares del cielo, y el autor insiste particularmente en la observancia de los cuatro días intercalados, uno en cada una de las cuatro partes del año, de modo que cada una de estas cuatro partes comprenda tres meses y cuente 91 días. A esto sigue la descripcion de los dos trimestres de verano, de equinoccio á equinoccio, y en este punto acaba el libro de una manera abrupta.

Este escrito es para su época un trabajo científico notabilísimo, cuyo mérito crece al considerar que es la única obra de historia natural escrita por un judío cuando los judíos constituían una nacion política. Su forma mitológica y religiosa es característica de la nacion y del país donde fué escrita. Muchos opinan, pero nadie lo ha demostrado sólidamente, que este libro fué redactado para calcular correctamente las fiestas de la religion judía. Tampoco puede fijarse con exactitud la época en que se escribió. Si Eupolemo hubiese citado claramente el libro de Enoc en el suyo, debiera aquel haber sido escrito antes del año 158 antes de J. C., pero no es seguro que la mencion que se hace del libro de Enoc sea de Eupolemo, aunque es siempre una prueba de que los judíos estaban orgullosos de tener este libro.

En la segunda seccion de la tercera parte principal del libro de Enoc refiere éste á su hijo Matusalen dos visiones que habia tenido antes de casarse. Esta observacion pretende al parecer indicar que el hombre soltero está mas en aptitud de recibir las comunicaciones divinas que el casado. En la primera vision vé Enoc hundirse el cielo, y la tierra precipitarse en un abismo sin fondo. Segun la explicacion de su abuelo, esta vision significa el juicio de Dios sobre los pecadores, lo cual da motivo á Enoc para suplicar á Dios que salve á los justos, despues de haber contemplado la salida del sol, la puesta de la luna y el palidecer de las estrellas y de haber enaltecido al Creador. Esta contemplacion seria probablemente la que diera origen á la vision. En la oracion de Enoc hay que notar dos cosas: primera, que el pecado que motiva el juicio de Dios no es únicamente el de los hombres, sino tambien el de los ángeles de que hablan la segunda y tercera seccion de la primera tercera parte del libro; segunda, que la súplica de salvar á los justos comprende tambien la de que Dios le conceda á Enoc descendientes. Si ahora se comparan con las expresiones del autor de esta vision las observaciones que hacen autores posteriores sobre la secta de los esenios, se descubre fácilmente una grande analogía entre unos y otros. Los esenios vivian en el celibato; oraban al salir el sol, es decir que dirigian en realidad sus oraciones á este astro, acaso por temor al juicio de Dios, como parece resultar del sueño de Enoc. Tambien tenian los esenios teorías especiales relativas á los ángeles, y á causa del celibato, la conservacion y aumento de su secta dependian exclusivamente del ingreso de nuevos miembros en ella. Por tanto, parece muy natural atribuir esta vision á un esenio, sin perjuicio de atribuir tambien á autores esenios muchos otros pasajes del libro de Enoc. Ahora bien, la secta esenia apareció en los últimos decenios del siglo II antes de J. C.; de manera que no debemos dar mayor antigüedad á ningun trozo esenio del libro de Enoc.

La segunda vision de Enoc, que está estrechamente enlazada con la primera, parece haber formado al principio una parte separada é independiente del libro. En esta vision se refiere toda la historia bíblica de Adán y Eva hasta Jacob, solo que los actores del desenvolvimiento de la religion están representados en figura de becerros blancos y otras personas bajo la imágen de otros animales. La relacion es tan clara y tan unida sin interrupciones, que no puede dar lugar á error en la interpretacion. Refiérese muy difusamente la caída de los ángeles, y el castigo de los ángeles malos por los cuatro de guarda. Los ángeles malos figuran estrellas, y los buenos personas. Con el nacimiento de Jacob cambia la marcha de la relacion, pues Jacob y sus descendientes los israelitas figuran como corderos (blancos). Los reyes Saul y David figuran como carneros ó moruecos. Habiendo desaparecido de la tierra Elías y habiendo Israel abandonado á Dios, abandona Dios tambien los corderos á los leones, tigres, lobos, chacales, zorros y á todas las fieras; abandona su casa (Jerusalén) y su torre edificada por Salomon (el templo). Dios los repudia y los entrega á setenta pastores, lo cual significa la dispersion de los judíos entre las naciones del mundo, donde gobiernan los setenta ángeles custodios ó protectores de las diferentes naciones; pero se apunta en un libro la conducta de estos pastores, que pueden degollar un número determinado de carneros pero no mas. La destruccion pasa del límite fijado, porque los pastores dejan que se lancen sobre los carneros leones, tigres y jabalíes. Estas fieras son las naciones extranjeras; ellas incendian la torre (el templo) y destruyen la casa (Jerusalén); despues los setenta pastores dividen entre sí el pasto de los carneros, cada uno apacienta y degüella por algun tiempo; pero los sacrificados son todos apun-

tados y el registro es llevado ante Dios. Esta situacion cambia poco con el dominio de doce pastores, con el regreso despues de tres carneros y con la reconstruccion de la ciudad y del templo. Despues de 36 tiempos de pastores vienen aves del cielo que continuan con los perros (los filisteos) la destruccion empezada por las fieras. Las aves del cielo son evidentemente los griegos. Sus tropelías duran 22 tiempos (1) de pastores; pero con estos quedan cumplidos los 70 tiempos de pastores ($12 + 36 + 22$). Nacen corderitos, pero los carneros no oyen lo que les dicen estos corderitos; á estos les nacen cuernos pero los cuervos los derriban, hasta que sale un cuerno grande al cual acuden los carneros. Esto es sin duda la alegoría de la lucha de los Macabeos contra los sirios; el cuerno grande significa probablemente á Judas. Con los sirios se alían otras potencias griegas (águilas, buitres, halcones) y hasta los carneros del campo (los judíos dispersos) se juntan con los enemigos; mas á los Macabeos auxilia un ángel poderoso y á los enemigos, á unos se les traga la tierra, y á los otros los matan los carneros con espada grande. Despues hace Dios justicia por sí mismo en la Tierra Santa; son arrojados al infierno (gehenna), cerca de Jerusalén, primero los ángeles caidos en el origen de los tiempos, despues los setenta ángeles encargados del castigo que han traspasado las órdenes recibidas, y por último los corderos engañados. Sigue á esto una descripcion poco simpática de la nueva Jerusalén, que será edificada en el lugar de la antigua. Dios goza al ver la bondad de los habitantes, que acuden en gran número; á la vista de Dios se sella la espada; nace el Mesías en figura de un becerro blanco, y todos los animales del campo y las aves debajo del cielo son transformados en becerros blancos.

Esto es nada menos que el apocalipsis del primer tiempo de los Macabeos. Con la mencion del infierno (la Gehenna) relaciónase al parecer con el libro de los viajes de Enoc, y aun es posible que este último haya sido escrito primero; pero por otra parte puede ser tambien enteramente casual la relacion entre ambos escritos, pues la idea de la Gehenna como un infierno fué seguramente muy popular. No seria prudente tampoco atribuir las últimas secciones al tiempo posterior á Judas, ya que de ninguna manera el autor habria omitido la mencion de este caudillo. Importante es en la descripcion de la salvacion final la relacion del nacimiento del Mesías, ya que no se habla de la persona del Mesías ni en la relacion de la caída de los ángeles (en la segunda seccion de la primera parte del libro) ni en el apocalipsis de Daniel, escrito probablemente en el tiempo en que se escribió la vision del libro de Enoc.

A la relacion de las dos visiones de Enoc sigue una amonestacion con motivo del juicio de Dios que amenaza á los injustos. Podria dudarse de que esta amonestacion pertenezca á las dos visiones, tanto mas cuanto que ha entrado en la amonestacion un trozo muy regular de la parte del libro que viene despues y cuanto que muchas expresiones de este discurso preparan para la parte siguiente. Será, pues, lo mas acertado considerar la amonestacion como un lazo de union interpolado posteriormente entre las dos partes que siguen.

La mayor que sigue, que es la tercera seccion secundaria de la tercera parte principal del libro, contiene bajo un título especial un largo discurso de Enoc que bendice á los justos (á los buenos que cumplen los mandamientos de la religion) y anuncia á los impíos la ruina. Sin lazo de ninguna clase se encuentra intercalado en el comienzo de este discurso el llamado «Apocalipsis de semanas», en el cual se presenta en

(1) Así debe leerse en lugar de 23, para que la suma total resulte 70.

una especie de cuadro de diez semanas el curso de los sucesos del mundo, el pasado, el presente y el porvenir. En la primera semana figurada vive Enoc, en la segunda Noé, en la tercera Abraham, en la cuarta Moisés, en la quinta Salomon, en la sexta Elías; la séptima es la época de una generacion renegada, y al concluir esta época, que es evidentemente el tiempo en que vive el autor, recibirán los escogidos y los justos (los que cumplen los mandamientos de la religion) séptuple enseñanza sobre toda la creacion. La semana octava será la de la justicia, en la cual recibirán los justos una espada y les serán entregados los pecadores; los justos recibirán casas, y se construirá un nuevo templo. En la novena semana desaparece la impiedad de la tierra; en la décima tendrá efecto el juicio sobre los ángeles; aparecerá un nuevo cielo con estrellas que resplandecerán con un brillo siete veces mayor que el que tuvieron las del cielo antiguo, é innumerables serán las semanas en las cuales no habrá mas pecados y reinarán la bondad y la justicia (los mandamientos de la religion).

Respecto de la época en que se escribió el apocalipsis-semanario, lo único que puede decirse es que fué escrito probablemente antes de la construccion del templo de Herodes (año 20 antes de J. C.). La descripcion tan general de la séptima semana no permite fijar el tiempo de su redaccion con mas precision.

La amonestacion que es lo esencial de esta parte del Libro de Enoc es sin duda ninguna un trabajo fariseo para apartar á los fieles de los extravíos saduceos: «No sigais la senda de las tropelías, sino elegid la justicia (el cumplimiento de los preceptos). ¡Ay de vosotros los ricos, porque no habeis tenido presente al Altísimo! ¡Ay de vosotros los pecadores (los que no cumplen los preceptos) porque perseguís á los justos (los que observan los preceptos)! Vuestra riqueza os hace aparecer como justos, pero vuestro corazon os condena por pecadores. ¡Ay de vosotros los poderosos, que abrumais con vuestro poder al justo! En la dignidad real se disolverán (los que no observan los preceptos, los pecadores) como agua.» En esta descripcion de los impíos se ve el retrato del partido de los Asmoneos y de los saduceos, y en los pasajes siguientes resalta el contraste entre los principios fariseos y saduceos: «El pecado no ha sido enviado á la tierra, sino que lo han sacado los hombres de su cabeza, y en gran condenacion incurrer los que lo cometen.» Esto va dirigido evidentemente contra los que opinan que hay pecados inevitables, y esta opinion se ajusta tan perfectamente al principio fundamental de los saduceos, que bien puede admitirse que el pasaje citado va dirigido contra ellos sin que sea necesaria otra prueba, que por lo demás no existe. Tambien va dirigido claramente contra los saduceos estotro pasaje: «No digais en vuestro interior que no veis y que no sabeis que cada pecado es apuntado diariamente en el cielo ante el Altísimo.» Es, pues, fariseo que Dios no envia el pecado pero lo vigila y lo apunta, y es saduceo que algunos pecados son enviados por Dios, y Dios no hace caso de ellos. Al admitir esta doctrina los saduceos, lo hicieron pensando principalmente en las transgresiones motivadas por la política. Es por lo demás perfectamente farisea la mencion frecuente del castigo venidero de los impíos por los justos y la alegría que causa este castigo á Dios y á los escogidos, como cuando el autor dice: «Sabad que seréis entregados en manos de los justos, que os cortarán el cuello, que os matarán y no os tendrán misericordia.»

Se reconviene tambien á los contrarios porque además de ser in fieles á la ley eterna, adoran piedras, hacen imágenes de oro, plata, madera y barro, y adoran espíritus impuros en los templos idólatras. Estas acusaciones solo pueden ir diri-

como fin del plazo de la longanimidad divina el tiempo del séptimo rey, que era Tolomeo Fison; Gaza es llamada feliz, lo que indica que Jonatás no había devastado todavía su territorio; el Asia es tributaria de Roma, y allí sirven como esclavos muchos hijos del Asia. La amenaza del profeta consiste en que este estado de cosas cambiará en el estado contrario. Siguen después otros discursos amenazadores fragmentarios y uno hasta en forma de enigma apocalíptico, presentando en frases misteriosas la historia de las contiendas de sucesión de los Selúcidas desde Antíoco IV hasta Trifon; por manera que se atribuye con razón también esta sección de la colección a los primeros tiempos del sumo sacerdote y príncipe Simon. Lo mismo indica la mención que viene después, de la destrucción de Cartago y Corinto, que como se sabe fueron conquistadas por los romanos en el año 146 antes de nuestra era. A este discurso sigue otro dirigido contra la Grecia, es decir, contra el mundo macedonio-griego en general. Este discurso también presenta el mismo carácter fragmentario y predice a la Grecia toda clase de miserias, en particular las causadas por las guerras y al parecer por la opresión de Roma. También ha de venir un rey de Asia que reinando Tolomeo Fison ha de destruir el imperio egipcio, y después de esto empezará el reino mesiánico; Grecia reconocerá entonces la necedad del culto practicado durante quince siglos y sacrificará en el altar grande de Jerusalén, decidiéndose a vivir en adelante según manda el Dios supremo. En este discurso se expresa la idea, ya común desde Ezequiel, de que las naciones del mundo al ver la paz, prosperidad y dicha que habrá dado a su pueblo el Mesías (que será un rey venido del Oriente), se conjuran y marchan contra el pueblo de Dios; pero Dios hace un terrible destrozo entre los enemigos y acaba con su soberbia delante de las puertas de Jerusalén. El pueblo de Dios gozará desde entonces en adelante de una paz perdurable y las demás naciones enviarán diputaciones a Jerusalén para adoptar la ley de Israel.

Estas profecías son, en todo caso, una prueba de que la literatura profética continuó tan viva y activa en la época de los Asmoneos como antes, y además, de que las esperanzas del pueblo judío habían tomado un vuelo vigorosísimo con el restablecimiento de la existencia nacional. Lo notable es que estos escritos proféticos no van dirigidos únicamente al pueblo judío, sino también y principalmente al mundo griego. Grandes trozos hay en estos escritos que están dictados por el deseo de manifestar a los paganos con toda claridad lo irracional del paganismo y lo racional de una religión monoteísta. A este objeto se dirigen particularmente dos trozos que sin duda alguna pertenecen al libro tercero, pero que han sido separados de él y figuran hoy entre los fragmentos que en nuestras ediciones se hallan en su mayor parte colocados al principio. En ellos se encuentra un pasaje que expresa con una precisión semejante a la usada en el Corán la eternidad y la naturaleza de Dios, Sér completamente distinto de todo lo creado: «A él, al Dios único adorado como señor del universo; a él que existe eternamente, que ha existido desde la eternidad, que engendrado de sí mismo no ha nacido y que todo lo domina.»

Contra el politeísmo, especialmente el egipcio, dice otro pasaje: «Adorais serpientes, perros y gatos; venerais, oh necios, aves y reptiles; imágenes hechas de piedra y de manos del hombre; piedras formando montones junto a los caminos, esto es lo que venerais.»

Algo semejante se encuentra ya en el Deutero-Isaías cuando trata de convertir a Ciro de su religión patria dualista al monoteísmo judío; solo que en el libro del Deutero-Isaías éste quiere convencer a Ciro de la verdad de la fe judía para

que deje regresar al pueblo judío a su patria, cuando en el escrito sibilino el objeto del autor es la conversión de los paganos en general, porque a todo el mundo pagano dirige su discurso y sus exhortaciones, y no a un rey u otro personaje pagano en particular. Lo que choca en estas profecías sibilinas es que no mencionan ni con una palabra la confianza en Dios, y que se reducen a convencer a los paganos de la unidad de Dios y a hacer resaltar la superioridad moral de la vida del pueblo judío comparada con las costumbres paganas. La confianza en Dios, que es la condición fundamental de la vida religiosa del pueblo de Israel, no habría sido inteligible para los paganos, porque si el israelita confía en Dios, es porque forma parte del pueblo que Dios ha elegido para sí; solo a su pueblo ha jurado Dios ser fiel, y solo perteneciendo al pueblo de Israel se debe tener confianza en Dios. El pagano, para poder tener confianza en Dios, debía precisamente ingresar en la comunidad israelita; y como los autores de los libros sibilinos debieron de juzgar inútil hacer semejante proposición a los gentiles, prefirieron no tocar siquiera el punto de la confianza en Dios. A esto se agregaba que los judíos se habían ido acostumbrando desde Esdras a mirar la religión como equivalente al cumplimiento de los preceptos religiosos de la ley, cumplimiento necesario para salvarse, quedando así medio borrada la idea antigua de los israelitas de la fidelidad inquebrantable de Jehova, que es la base de la confianza del pueblo israelita en Dios. Esto fué lo que dió el color pálido a los sermones sibilínicos, particularmente a los más antiguos, dirigidos al mundo pagano; pero es seguro que entonces ya dieron resultado estos sermones filosóficos y religiosos, que eran perfectamente del gusto de los paganos ilustrados de aquella época, aunque no existan datos precisos sobre el resultado de tal propaganda religiosa israelita.

La única obra que nos falta examinar aquí, y cuyo valor religioso excede al de todas las obras literarias judías producidas durante el período que tratamos y que hemos citado aquí, es la llamada: «La Sabiduría de Salomón.» Este libro tiene de común con las profecías sibilínicas que combate el culto idólatra de los paganos, pero en esto profundiza más que los escritos sibilínicos, porque atiende al origen mismo del culto pagano. El autor ve este origen en la veneración de las imágenes de los difuntos y de los reyes, y en la ambición de los artistas. De este extravío del conocimiento de Dios se originan los extravíos morales del paganismo. En otro pasaje dice que la belleza de las criaturas de Dios fué causa de que se adorara su figura exterior, cuando por el contrario debería excitar la admiración e inclinar los corazones a adorar al Creador. En la descripción de la necedad de adorar objetos inanimados e inferiores al hombre, el libro de la Sabiduría sigue completamente a Deutero-Isaías. El rey Salomón se dirige expresamente a los jueces de la tierra, a los reyes que están elevados sobre las masas paganas, y aunque el libro no lo dice expresamente, deja entrever que es el rey Salomón quien habla, y si el autor no lo nombra es que en toda su obra observa la misma costumbre de no nombrar personajes bíblicos, pues así refiere también la historia de los patriarcas y la de los israelitas hasta Moisés. Esta costumbre supone en el lector el conocimiento de la historia sagrada, que sin embargo no podía exigirse de los potentados paganos a los cuales el autor se dirige. Por eso es de presumir que este libro debió de encontrar desde luego sus lectores, mas entre los judíos ilustrados, que entre los paganos.

Fácil es ahora determinar el carácter general del libro. A semejanza del Eclesiastes, el de la Sabiduría se mantiene poco mas o menos en la esfera media entre el discurso profético y la disertación filosófica. Su afinidad con la literatura judía de los Proverbios se limita a los trozos filosóficos edificantes

que se encuentran interpolados (sin tener nada de proverbios) en los Proverbios y en el libro de Jesús ben Sirac; y también es la misma en estas obras y en la de la Sabiduría la idea fundamental de la sabiduría divina. El Libro de la Sabiduría no es en el fondo mas que una excitación a la adquisición de esta sabiduría divina, que enseña al hombre a conocer y usar bien las cosas del mundo; ella es la directora del universo, ella es la omnipresente y la omnisciente; «ella es el hábito de la fuerza de Dios; ella es la emanación pura de la magnificencia del Todopoderoso; ella es la irradiación de la luz eterna, espejo sin mancha de la eficacia de Dios, e imagen de su bondad.» «Ella todo lo puede; ella abre morada en las almas santas, hace a los hombres queridos de Dios y de los profetas, pues Dios ama solo a los que cohabitan con la sabiduría; «ella dispone todas las cosas bien.» La sabiduría vive unida a Dios, porque ella está iniciada en la ciencia de Dios y elige (para hacerlas) sus obras (las que gustan a Dios). Ella da al hombre honores, gloria, fama imperecedera e influencia; ella es la compañera que está sentada en el trono de Dios; ella dirige los destinos de los pueblos. En un pasaje del libro es la palabra todopoderosa de Dios que dirige los destinos de las naciones, y esta palabra todopoderosa figura como un poder independiente, bien que a la vez como emanación de Dios.

El enaltecimiento de la sabiduría divina en los libros citados, los Proverbios, el de Jesús ben Sirac y el de la Sabiduría, se funda evidentemente en la convicción de la perfecta y constante adaptación de las cosas creadas a su objeto, de donde nace la necesidad de usar las cosas conforme al fin para que están creadas y de vivir también nosotros mismos conforme al objeto a que estamos destinados. Esto es el natural desenvolvimiento de la idea israelita de la santidad de Dios; solo que esta idea como casi todas las otras ideas nuevas que aparecen en la historia religiosa israelita en el tiempo de que hablamos, no nació sino por efecto de la influencia de la civilización griega. Es doctrina griega, y en particular estoica, que todo lo creado tiene su razón de ser y que el hombre racional debe vivir conforme a la razón de las cosas. Sin temor de exagerar se puede decir que el genio israelita original, al apreciar y admirar la naturaleza, lo había hecho siempre atendiendo únicamente a fines espirituales; y si en los escritos que aquí nos ocupan se mira la naturaleza también de otra manera, si se repara en la belleza y construcción apropiada del mundo animal y vegetal, etc., es evidente la influencia de conceptos griegos en el modo israelita de pensar; pero la admisión de estos conceptos no habría sido posible sin la transformación que la religión judaica había sufrido desde Esdras. Mientras Jehova era el Dios especial del pueblo de Israel, casi no había motivo para meditar sobre su relación con la naturaleza; pero desde que se le hubo comprendido como Dios que rige los destinos del individuo, quedó ensanchada su actividad y extendida a toda la creación, y desde entonces era natural que las meditaciones religiosas se extendiesen con mas atención a la naturaleza.

Hay todavía otro punto de esta nueva dirección de las ideas religiosas que conviene examinar. La idea de la sabiduría manifestada en el mundo entero, se halla en los Proverbios y en el Libro de la Sabiduría sujeta a la idea de Dios. Dios ha ordenado todas las cosas sabiamente, y el hombre solo es sabio en cuanto somete su voluntad a las intenciones de Dios; pero hay que reconocer que este modo de pensar debía adquirir un aspecto muy distinto luego que la contemplación de la naturaleza se sobrepusiera al sentimiento de la dependencia de Dios. Fué un paso pequeño, pero muy trascendental, la convicción de que la sabiduría divina, en el mundo y en su gobierno, no dirigía los pensamientos del

hombre directa y exclusivamente al Creador, cuando la contemplación de la manifestación divina en sus obras apartó los pensamientos del hombre de la figura de Dios superior al universo. El mundo judío egipcio, ó mejor dicho alejandrino, dió en efecto mas adelante este paso por medio de su representante mas notable.

Si el Libro de la Sabiduría de Salomón tiene cierta afinidad bajo este concepto con el estoicismo, del cual hasta se apropia algunas frases, por otra parte toma, con el Seudo-Foclidés, de la filosofía platónica la idea de la inmortalidad; porque no solo está patente en todo el libro la idea de que la persona que cumple los preceptos de la sabiduría participa de la existencia perdurable, sino que en un pasaje se dice: «La perdurabilidad acerca a Dios.» En lugar de la doctrina de la resurrección, corriente en Palestina desde los Macabeos, se manifiesta en el libro de la Sabiduría la idea de una vida bienaventurada en el otro mundo, si bien está enlazada, como todas las del libro, con los conceptos bíblicos: «Dios creó al hombre para la inmortalidad y le hizo a su imagen y semejanza; por la envidia de Satanás entró la muerte en el mundo, y la muerte toca al que pertenece a la herencia de Satanás.» De paso diremos que la iglesia cristiana antigua basó su parte dogmática esencialmente sobre los conceptos expresados aquí por primera vez. La forma fundamental de esta parte dogmática es: «¿Cómo puede ser restituida al hombre la inmortalidad innata, propia de su semejanza con Dios y que perdió por el engaño de Satanás y el pecado original?» También se encuentra en el libro de la Sabiduría el rudimento de la contestación a esta pregunta, contestación fijada mas adelante dogmáticamente, a saber: por medio de la sabiduría divina, extendida por Dios mismo sobre el mundo.

La ojeada que hemos dirigido a las producciones intelectuales del período que acabamos de repasar, demuestra que no se puede trazar una divisoria perfecta entre el mundo judío genuino y el grecificado, porque hasta en este período de reacción religiosa continuó el espíritu griego siendo en Palestina la fuerza impulsiva preponderante, de la cual podía librarse alguna manifestación de la vida judía, pero cuyo espíritu dominaba siempre interiormente. El pueblo judío conservó su religión en medio del mundo griego; pero sus ideas religiosas debieron a este mundo una transformación tan grande, que a ella se debe en gran parte que la religión del pueblo judío llegara a ser la de los pueblos indo-europeos.

CAPITULO IV

LA CAIDA DE LOS ASMONEOS Y HERODES EL GRANDE

1. La contienda de sucesión después de la muerte de Alejandra y la intervención de Pompeyo.

Al morir Alejandra Salomé, en el año 69 antes de J. C., su hijo menor, Aristóbulo, se había apoderado de un gran número de plazas fuertes, y su hermano, el sumo sacerdote Hircano II, al cual correspondió también la dignidad real, se vió en el caso de disputarla a Aristóbulo con las armas. El resultado de la lucha fué fácil de prever: el hermano menor era enérgico, decidido, entusiasta admirador del pasado glorioso de su familia y tenía de su parte a todos los que deseaban para su nación algo mejor que consumirse en el estrecho círculo de la observancia de las prescripciones de la ley judaica. Hircano II, en cambio, era discípulo obediente de los fariseos, que no soñaban en otra gloria mundana del pueblo de Israel mas que la prometida por Dios, y no querían emplear los medios intelectuales y materiales

gidas contra los judíos grecófilos, tan afines interiormente á los saduceos y que probablemente se pusieron del lado de los Asmoneos en tiempo de Aristóbulo I y de Alejandro Janeo. La tolerancia religiosa que entonces se practicaba acaso se extendió hasta la participacion en el culto pagano y la fabricacion de esculturas, sin que esto hiciese temer la infidelidad á la religion patria. Se cree poder fijar el tiempo en que fué escrito este discurso por las palabras siguientes que se encuentran en la amenaza del juicio y castigo que esperan á los impíos: «El impío no detendrá su mano ante su respetabilísimo hermano,» que según unos se refieren al asesinato de Antígono por Aristóbulo I; pero esto ya no es un simple signo del comienzo del tiempo final, sino que es descripción del mismo tiempo final, que para el autor del discurso pertenece todavía al porvenir. Muy característica es para pintar el contraste entre las ideas fariseas y saduceas la amplia refutación de la opinion contraria resumida en estas palabras: «Así como morimos nosotros, murieron los justos, y ¿qué utilidad sacaron de sus obras?» Contra esta especie hay el pasaje en el cual jura Enoc haber leído en el cielo el libro de los santos que decía que para los buenos estaba preparado todo lo bueno, alegrías y honores, que se les recompensaría por sus penalidades y trabajos con muchos bienes y que su suerte sería mejor que la de los vivos. Este mismo pensamiento se repite en la contestación á la queja de los justos por su mala suerte en la tierra, y se dice: «Fueron nuestros dominadores los que nos odiaban; procuramos salvarnos de ellos para tener tranquilidad, pero no hallamos dónde refugiarnos;» y casi á renglón seguido se añade en otros términos: «Nos quejamos de ellos en nuestra aflicción cerca de los que dominaban, pero no hicieron caso de nuestros clamores y ayudaron á los que nos despojaron y devoraron, y toleraron nuestro degüello.» En el primer pasaje forman los que dominan en el partido contrario, y en el segundo ayudan los que dominan á los contrarios. Esto, evidentemente, solo responde á la relación de los saduceos con los Asmoneos por una parte y á la relación de los saduceos con los fariseos por otra. A estas quejas de los justos responde Enoc asegurándonos que vendrá día en que resplandecerán como los luminaires del cielo; y aunque lo nieguen los contrarios, se escriben las obras todas de los pecadores (impíos) para ser castigadas en su día. En este pasaje resalta no solo la cualidad de literato y erudito del autor, sino también la idea de la futura bienaventuranza cuando dice que á los justos les serán abiertos los libros para su alegría, su justificación y sabiduría. Por esto se dice en el título de esta parte del libro que el *letrado* Enoc relata las cosas que siguen de los libros (que ha visto en el cielo). Una idea análoga tuvo Holty (1) cuando escribió en su hermosa poesía dedicada á la muerte de su padre: «¿Ves abierto tú el libro del universo?» El final de esta parte del libro de Enoc ha sido arreglado por un cristiano.

A esto se agregan dos secciones más que son el remate de todo el libro. La primera refiere que á Lamec, nieto de Enoc, le nace un hijo tan hermosísimo que su padre no cree que es suyo sino de un ángel. Matusalen, padre de Lamec é hijo de Enoc, busca á éste en los extremos de la tierra y le pregunta por Noé, el recién nacido, y Enoc le dice que el niño es hijo legítimo de Lamec y que será el único que se salve del diluvio.

La segunda parte, la última de todo el libro de Enoc, es un complemento de sus viajes. Este refiere á su hijo Matusalen lo que ha visto en el lugar de castigo de los malos y lo que supo en esta ocasión sobre la bienaventuranza eterna de

(1) Poeta lírico alemán, de mediados del siglo pasado.
(N. del T.)

los justos. Este pasaje tiene de notable que hace durar tiempos innumerables la vida futura de los piadosos, mientras las expresiones sobre el castigo de los impíos no son del todo indiscutibles. Este trozo es seguramente producto de un tiempo relativamente posterior.

Echemos todavía una mirada sobre todo el libro de Enoc. Lo que hemos referido de él nos da á conocer que este libro constituye todo un orden de literatura que nos ha sido transmitido. En él vemos las consecuencias que la admisión de tradiciones de otros pueblos en la historia primitiva del Génesis, ha tenido para las ideas de Israel. Ningun otro libro nos introduce tan en el fondo del mundo de ideas religiosas del pueblo judío en tiempo de los Asmoneos. Los conceptos físicos y astronómicos interesantísimos, la geografía del cielo y del infierno, la doctrina detallada de los ángeles y el consiguiente eclipse de la actividad individual de Dios, eclipse aumentado por la contabilidad del cielo, donde se hallan ya trazados los sucesos venideros del mundo y donde se anotan los actos de los hombres; la creencia en la marcha de la historia, prefijada desde la eternidad y obedeciendo á un determinado orden numérico; la espectación segura de una bienaventuranza venidera de la humanidad terrenal; el deleite que causa la grandeza y magnificencia del orden de la naturaleza; la afición á observar y estudiar este orden, y finalmente las diferencias de las ideas fariseas, saduceas y esenias, todo se nos presenta en esta colección de libros llamados de Enoc con una ingenuidad primitiva y una naturalidad que no encontramos en ninguna otra obra de la literatura judía, y es lástima que por la manera especial en que esta obra se ha conservado haya quedado poco menos que desconocida del mundo científico. No por esto ha dejado de producir desde un principio grandísimo efecto, porque ha sido el manantial adonde han ido á sacar ideas no solamente el judaísmo posterior, el cristianismo de los evangelios sinópticos y el gnosticismo cristiano, sino también el Corán. Entre los poetas latinos, Virgilio utilizó las imágenes de los libros de Enoc para sus descripciones de la futura edad de oro; y todas estas obras han influido después á su vez en la poesía del Dante. Solo cuando el Renacimiento, el humanismo, la reforma religiosa, la filosofía y las ciencias naturales han inaugurado la Edad moderna, se ha disipado para siempre el círculo mágico de la metafísica judía.

En los libros de Enoc acabamos de presentar el producto de la literatura profética de la nación judía de aquel tiempo en el interior de la Judea; y ahora vamos á hablar de literatura profética de los judíos griegos de la misma época, literatura que lleva un sello especial, pero que como los libros de Enoc, ha llegado á nosotros en fragmentos, como parte de una colección de obras diferentes. Esta literatura profética judía, afectada de la civilización griega, tiene la forma pagana de los oráculos sibílicos. La Sibila era en el concepto greco-latino un sér espiritual que veía las cosas venideras y las predecía en versos misteriosos, no como los oráculos con regularidad siempre que eran preguntados, sino cuando quería ó cuando la divinidad le impulsaba á ello. De estos oráculos sibílicos se han conservado unos 12 á 14 libros, de los cuales solo una parte ínfima es de origen pagano; todo lo demás es de origen judío ó cristiano, y como la Sibila se dirige naturalmente á los paganos, estos libros representan trabajos ya de la propaganda judía ya de la cristiana. El judaísmo comenzó á parecer esta propaganda en Egipto en tiempo del séptimo Tolomeo (Fiscon, desde 145 hasta 117), en cuyo reinado fué escrita seguramente una gran parte de aquellos oráculos sibílicos que en la colección actual de estos escritos forman el libro tercero. Todos los oráculos sibílicos están redactados en el dialecto jónico antiguo y en exá-

metros. Respecto de muchos pasajes es imposible, por supuesto, fijar exactamente el tiempo en que fueron escritos, porque solo hablan de situaciones generales y de mucha duración; en el principio del tercer libro se encuentran vestigios de un tiempo posterior, y en general el todo produce la impresión de heterogeneidad cuando no es posible probar con toda seguridad lo contrario. Una de las obras más antiguas de la poesía judía sibílica es seguramente la primera sección de mayor extensión del libro tercero, por hacerse mención de ella en otros escritos antiguos. En esta obra se enlaza con la historia de la torre de Babel la teogonía griega por medio de una familia de reyes humanos. En la décima generación después del diluvio, dice esta relación, gobernaban la tierra dividida en tres reinos Cronos, Titan y Japet (que corresponden á los personajes bíblicos Sem, Cham y Jafet). Por ser los más nobles de los humanos se nombra á Urano y á Gea (el cielo y la tierra); pero muerto el padre, se disputan Cronos y Titan el dominio del mundo; Rea, Gea Afroditá, Demeter, Hestia y Dione dirimen la contienda; encargan á Cronos el dominio del mundo y nombran á Titan sucesor suyo. Por esto Cronos queda imposibilitado de criar ningún hijo suyo, y cuantos hijos le nacen son destrozados por los titanes. A pesar de todo, la esposa de Cronos consigue ocultar á sus tres hijos Zeus, Poseidon y Pluton. Los titanes llegan á saberlo y atan debajo de la tierra á Cronos y Rea. Los tres hijos marchan contra los titanes para vengar á sus padres. Este es el principio de la guerra entre todos los hombres mortales. Al final se enlaza la leyenda con la historia verdadera; pero ésta es al parecer una adición posterior porque enumera los grandes imperios del mundo que han tenido bajo su dominio el Egipto, siendo el último que nombra el imperio romano. Esto no podía decirse antes de César, por cuyo motivo y por otras razones debemos suponer que después de la muerte de César sufrieron estos oráculos un arreglo. El escrito que acabamos de extractar se parece por su mezcla de conceptos judíos y griegos á la manera de escribir la historia de Cleodemo (Malco), de la cual hablamos en otra parte anterior de este libro, porque quiere á la vez aclarar y conciliar; quiere sentar un fondo de verdad para la leyenda griega y lo enlaza con las ideas mucho más claras del pueblo judío.

A esta sección sigue otra que indica bastante el tiempo en que fué escrita. En ella se citan tres grandes imperios que se sucedieron, el de Salomón que comprendía la Siria, el Asia Menor y la Persia, el de los griegos ó sea respectivamente el de los macedonios, y el de los mares occidentales, que quiere decir el imperio romano. La supremacía de este imperio dura hasta que se llena la medida de sus pecados contra la naturaleza, lo cual sucederá en el séptimo reinado de los reyes del Egipto descendientes de griegos. Entonces volverá á ser fuerte el pueblo del Dios grande, y será para todos los mortales un guía para conducirlos á la vida.

El séptimo Tolomeo, rey de Egipto y griego de raza, era Tolomeo Fiscon, que reinó solo desde 145 hasta 117 antes de J. C. Por tanto el autor de la sección sibílica debió de vivir según toda probabilidad en Egipto y la importancia que da al imperio romano se explica en vista de las conquistas que los romanos realizaron entonces, perteneciéndoles ya el Asia Menor, la Macedonia, la Grecia, el territorio de los cartagineses, y directa ó indirectamente pronto también España. Ya tenían el Egipto bajo su peligrosa protección contra Antíoco Epifanes. Resta saber cómo pudo esperar justamente entonces el autor del escrito un robustecimiento tan grande de la nación judía para servir á todos los mortales de guía, y encontramos la explicación natural de esta esperanza en el gran suceso de haber sido nombrado sumo sacerdote y prin-

cipe de su pueblo, Simón, el Asmoneo. Esta esperanza de un judío egipcio puede servirnos de dato para calcular el espíritu que entonces prevalecía en Palestina.

Después de lo dicho siguen algunos versos oscuros, probablemente escritos adrede de un modo ininteligible, y luego viene esta brillante apología del pueblo judío:

«En Asia existe una ciudad anchurosa de la cual descien- de la raza de los hombres más justos (más religiosos), que siempre piensan con nobleza y se esfuerzan por obrar de la misma manera, sin que les distraigan ni el curso del sol ni el de la luna, ni las potentes manifestaciones de la tierra ni de las profundidades de los azulados océanos, ni los augurios del estornudo ni los del vuelo de aves; ni se cuidan de agoreros, ni de saludadores, ni de conjuros, ni de la necia superchería de los charlatanes ventrílocuos. No leen profecías en los astros como los caldeos, ni hacen cálculos astrológicos, porque todo esto extravía; son cosas que los hombres ociosos sacan de sus cavilaciones, empleando su talento en un trabajo de poca utilidad, é induciendo á error á las personas crédulas. De esto nacieron grandes males para la humanidad, porque los hombres abandonaron el camino justo y la conducta honrada; mas en aquellos que solo se cuidan de la virtud y de la honradez, no existe la codicia, que causa males sin cuento al hombre, guerras y hambres continuas. Su conducta en las ciudades y fuera de ellas es honrada; no cometen robos ni se llevan los rebaños de bueyes, de carneros y de cabras aprovechando la oscuridad de la noche; el vecino no separa los hitos de las lindes, el rico no apremia al pobre ni oprime á las viudas, y muy al contrario socorre siempre con vino, aceite y grano; muéstrase bondadoso siempre y pronto á ayudar al indigente del pueblo, y hasta le da una parte de su cosecha, cumpliendo fiel el mandamiento del gran Dios y lo que prescribe la ley: porque el Dios de los cielos creó la tierra para todos.»

Jamás podía tener una idea más elevada de sus méritos el pueblo judío, comparándose con otros pueblos, como la que expresan estos versos, que ensalzan la moralidad del pueblo judío en contraposición de las glorias heroicas y de la verdadera ó pretendida ciencia de otros pueblos. Lo que sin embargo es muy significativo para el judaísmo de los judíos griegos es que en estos versos no se dice una palabra de la confianza incondicional en la protección de Dios, eje de todas las cualidades morales del Dios de Israel y de todas las que exige de su pueblo. Se comprende por otra parte la ausencia de este punto capital de los sentimientos religiosos de los judíos si se considera que en una exposición difusa esta idea debía ser incomprensible para los paganos, que en cambio podían comprender en seguida el valor de la vida moral de los judíos, que tan vivo contraste formaba con la vida material y los goces del mundo pagano.

Por lo demás el pasaje que hemos traducido ha servido indudablemente de modelo á Virgilio para el trozo de su *Eneida* en el cual el espíritu del difunto Anquises predice á su hijo Eneas, en el Aqueronte, la misión histórica del pueblo romano.

A esta apología del pueblo judío sigue una profecía de historia en cuyo final mesiánico se dice que los reyes todos de Persia, aunque paganos, respetan al pueblo de Dios. Estos reyes no pueden ser sino los de los partos, y en este caso resultaría que la sección de que tratamos debió de ser escrita en tiempo en que los partos tuvieron relaciones con el pueblo judío; mas esto nos llevaría más allá del tiempo que hasta aquí nos ha ocupado.

Siguen luego profecías contra diferentes países y ciudades, siempre en tono amenazador tan usado por los profetas. En la profecía conminatoria dirigida contra el Egipto se fija